

LUCÍA GÁLVEZ

Historias de amor de la historia argentina



Cubierta

Portada

Índice

Dedicatoria

Prólogo

Un amor fundacional en el siglo XVI

Amor y represión. Un "Don Juan" en la Córdoba del siglo XVII

La decisión de casarse por amor. Mariquita Sánchez y Martín Thompson

Amor y revolución. Mariano Moreno y María Guadalupe Cuenca

El soltero más codiciado. Los amores de Manuel Belgrano

La más bonita de Salta

Elisa Brown, la niña que murió de amor

El amor en las guerras civiles

Amor con Paz y sin paz

Desde el amor hasta la muerte. La tragedia de Camila y Vladislao

El fiel amor de una "reina de corazones". Manuelita Rosas y Máximo Terrero

Amor en las tolderías. De los Saá a los Rodríguez Saá

Amores de presidentes (1879-1930)

Conclusiones

Notas

Biografía

Otros títulos de la autora

Créditos

Grupo Santillana

*A Bartolomé Tiscornia,
mi marido*

Prólogo

Las historias de amor aquí presentadas son reales. Las que están basadas en testimonios escritos (cartas, testamentos, documentos varios) han podido ser más desarrolladas. En otras, basadas sobre todo en tradiciones orales, ha sido necesario utilizar lo que Collinwood llama “imaginación histórica” en las descripciones y diálogos para poderlas recrear.

Muchas de las historias de amor están centradas esencialmente en los hombres, no porque las mujeres no hayan cumplido un papel importante en sus vidas, sino porque ellos han sido, hasta mediados del siglo XX, los protagonistas de la historia política. Hay muy pocos documentos que destaquen la presencia femenina, porque para los estudiosos del siglo XIX la verdadera historia era la del Poder y desdénaban hablar de temas “menores”, como la mujer y el amor.

Desde Francia llegaría, después de la Primera Guerra, la revalorización de la historia social: lo cotidiano, lo que sucedía en los hogares y lugares de diversión, no sólo en las batallas y en las cortes. De entonces data un expreso interés por conocer rasgos de la afectividad y la sexualidad en distintas épocas.

En la elección de estas historias hemos tenido en cuenta distintos ejes temáticos:

- El transcurso del tiempo con sus cambios de mentalidad en el período 1553-1930.

- Los distintos espacios —regiones, virreinos, provincias, ciudades— con sus características sociales y económicas.

– El papel del amor en hombres públicos y algunas mujeres relevantes de la historia argentina.

Lucía Gálvez

Un amor fundacional en el siglo XVI

Podría afirmarse que la conquista del Nuevo Mundo comenzó con la conquista de sus mujeres. Ellas cimentaron las primeras alianzas, denunciaron las conspiraciones, indicaron por dónde y hacia dónde iban los caminos, cómo encontrar agua y alimentos. Facilitaron la vida de los conquistadores además de darles los primeros hijos mestizos nacidos en la tierra.

Una vez entregadas a los invasores por sus padres o hermanos como regalos y prendas de paz, o habiéndolos aceptado ellas mismas por propia elección, o incluso habiendo sido tomadas como botín de guerra, las indígenas americanas se pasaban al bando de su hombre y padre de sus hijos. En ellas estaba más arraigado el concepto de familia que el de patria o etnia. Los primeros destinatarios de su fidelidad eran su marido y sus hijos; las relaciones personales estaban por encima de las comunitarias. Hay ejemplos de esta elección en distintos pueblos de América: Ananyasi, la amante de Balboa, que le habla del "Mar del Sur" (océano Pacífico) y le facilita su descubrimiento; las araucanas que salvaron las vidas de Alonso de Monroy y Pedro de Miranda; una de las amantes guaraníes de Juan de Salazar, que denuncia en Asunción la conspiración de los carios y muchas otras.

Una de las más conocidas es la mexicana doña Marina, la Malinche, no sólo traductora sino también intérprete del pensamiento de Hernán Cortés ante Moctezuma. Su intuición la llevaba a buscar los términos más diplomáticos para

expresar ideas que podían chocar a sensibilidades tan diferentes. La mayoría de sus compatriotas aún hoy la repudian como traidora. Sin embargo ella fue coherente: amó y admiró al vencedor de un pueblo que la había entregado de niña a la esclavitud de los mayas y tuvo un hijo con él, realizando en sí misma la síntesis cultural del mestizaje.

Actitudes como éstas fueron muy comunes en las ciudades que se iban levantando durante los siglos XVI y XVII en el Tucumán, Cuyo y Río de la Plata. Los primeros hogares que se formaron en ellas eran mestizos: padre español y madre india, salvo rarísimas excepciones. También fue muy excepcional que los españoles, sobre todo si eran de origen hidalgo, desposaran a una indígena: preferían esperar a “pacificar la tierra” y progresar antes de llamar a sus familias o casarse con alguna española o criolla de las que iban llegando en las expediciones y en los séquitos de los gobernadores.

Durante esa primera generación sólo se registran casamientos de españoles con indígenas en tierras de Cuyo y en Asunción: el de Juan de Mallea con Teresa de Ascencio, en la fundación de San Juan, y el de Luis de Jufré con Juana Koslay en la de San Luis. Las dos eran hijas de caciques y aportaban una dote importante al contrato matrimonial. Los casamientos de cuatro hijas mestizas del gobernador Irala con cuatro hidalgos “vecinos”¹ de Asunción se realizaron por presión de su poderoso padre.²

Lo común fueron los matrimonios de hecho, con una o varias indígenas, sobre todo en el Paraguay, llamado por eso “Paraíso de Mahoma”. Caso distinto fue el del Perú, donde preciadas princesas incas y “vírgenes del sol”, consideradas de la nobleza incaica, formaron matrimonio con hidalgos conquistadores. Uno de los primeros fue el del capitán Francisco de Ampuero, lugarteniente de Pizarro y la princesa Inés Tupac Yupanqui, hermana de Atahualpa.³

En las primeras fundaciones del Tucumán, casi todos los conquistadores formaron sus hogares con indígenas hasta la llegada de las españolas. Si eran casados, hasta que sus

familias se decidían a cruzar el océano y si eran solteros, hasta que encontraban una española o criolla de su misma jerarquía. Los comienzos de formación social en esas miserables aldeas fueron casi obligatoriamente igualitarios dada la precariedad en que se vivía. Se consideró legítimos a los hijos mestizos y nadie discutió esto durante la primera generación. Era necesario poblar estas tierras casi desiertas, y muchos pensarían como Francisco de Aguirre, fundador de Santiago del Estero, que “es mayor el servicio que se hace a Dios al tener un hijo, que el pecado que por ello se comete”. Los curas que acompañaban las huestes hacían la vista gorda a los concubinatos con indias, algunos, por cierto, bastante estables.

Hernán Mexía Miraval, conquistador del Tucumán, había llegado a tierra de juríes en la expedición de Núñez del Prado, después de errar entre diaguitas y calchaquíes durante casi tres años fundando y desfundando la errática ciudad del Barco, que en 1553 Aguirre trasladaría a la otra banda del río rebautizándola Santiago del Estero.

No eran ellos los descubridores: casi diez años antes había pasado por allí la hueste de Diego de Rojas en su camino hacia el Río de la Plata, volviendo con las manos vacías y la mitad de la gente pero con relatos de mundos distintos: verdes bosques húmedos con árboles revestidos de musgo y enredaderas; indígenas laboriosos que cultivaban maíz y recolectaban algarrobo; llanuras infinitas donde podrían pastar miles de vacas, caballos y ovejas. Las descripciones despertaron la ambición y la curiosidad en esos hombres tan dados a la aventura, y después de la gran batalla de Xaxijaguana, el capitán Juan Núñez del Prado, se dispuso a conquistar y poblar esas tierras que se extendían más allá de la región conocida con el nombre de “Tucma”.

La hueste, precedida por el alférez real con el estandarte donde flameaba el águila de dos caras, estaba compuesta por unos cincuenta españoles a caballo o mula, entre ellos dos frailes dominicos, un gran grupo de indios flecheros y gran cantidad de servidores: negros, negras e indias. Al final, un arreo de vacas, ovejas y chanchos iba mermando a

medida que el viaje avanzaba: constituían la comida principal a la que se agregaba el resto del "matalotaje":⁴ vino, bizcocho, miel, tocino, etcétera.

Venían desde Lima en un interminable viaje, pasando por el Cuzco, Potosí, los pueblos de los charcas, un altiplano que no se acababa nunca y más acá, después de subir más de 4000 metros hasta el Abra del Acay, el pueblo diaguita de Chicoana. Allí, al ver unas gallinas de su tierra, la anterior expedición de Diego de Rojas había decidido, en lugar de seguir para Chile, poner rumbo al este, cruzar la cordillera y descubrir el Tucumán, las tierras de diaguitas y tonocotés y los llanos de los juríes. Allí, en Salavina, había dejado sus huesos Diego de Rojas, después de ser herido con una flecha con ponzoña. Esta vez traían el antídoto o "contrayerba" y los calurosos escaupiles, chalecos acolchados que evitaban la penetración de las flechas. Muchos vestían armadura y encima de ella la ropilla acuchillada de seda o terciopelo, muy poco apropiada para las circunstancias, lo mismo que los puños de encaje o los sombreros con plumas, pero que revelaban la "categoría" de su poseedor. Es de imaginar su estado después de penosas marchas por punas desérticas, soles ardientes, heladas, lluvias y escaramuzas con algunas tribus hostiles.

Casi tres años después llegaban extenuados a tierra de juríes, asombrándose de ver sus prolijos pueblos con cientos de ranchitos de adobe y paja rodeados de empalizadas y cruzados por calles. El río cercano proveía de pescado a la población, y en las tierras linderas crecía el maíz. El algarrobo era una especie de árbol sagrado por la cantidad de servicios que prestaba su madera, su sombra y sus vainas dulces y alargadas con las que las mujeres fabricaban la aloja⁵ y el patay.⁶

La experiencia con la anterior expedición había hecho conocer a los juríes el potencial de guerra de los españoles y de los indios flecheros que los acompañaban. Por lo tanto esta vez, en lugar de hacerles frente, los recibieron como aliados para combatir a sus enemigos, los lules, indios nó-

mades provenientes de las selvas chaqueñas, que todos los años los invadían para rapiñarles sus cosechas y sus mujeres. Las juríes eran, según escribía el cronista Díaz de Vivar en 1558, “[...] mejores a todo lo que se ha descubierto en las Indias [...] de muy buen parecer y de muy lindos ojos [...] vestidas sólo con unas pampanillas o con unas mantillas de lana que les cubren de la cintura para abajo”. Agregaba que eran gente muy bien dispuesta, que recolectaban mucho algarrobo y que aprovechaban las periódicas inundaciones del río para sembrar su maíz. En sus llanuras abundaban los ñandúes, llamados suris, pero el nombre de “juríes” no venía de ellos, como creían los españoles, sino de “hurin”, que en quechua significa “hombres del sur”. En realidad, los juríes eran tonocotés y sanavirones.⁷

Hernán Mexía Miraval, sevillano de nacimiento, era uno de los más jóvenes y activos de la expedición. Era, seguramente, morocho, alegre y apasionado. Podemos imaginar el encuentro con la que sería por más de diez años su compañera y madre de sus hijos: vio a la indiecita de facciones finas, piel canela y ojos negros con forma de almendra y le sonrió. Después de mirarlo fijamente un rato, ella le devolvió la sonrisa. Vestía una especie de falda corta de lana burda y una manta adornada con chaquira de huesecitos de pájaro, anudada sobre un hombro. Sobre el otro, desnudo, caía con gracia el pelo negro trenzado. Era del pueblo de Mancho.

Como en cientos de casos anónimos, éste hubiera sido el único dato de la jurí bautizada con el nombre de María, madre de los cuatro hijos mestizos de Mexía Miraval, a quien los viejos genealogistas argentinos pretendían elevar de categoría con el agregado de “princesa de Mancho”. Probablemente fuera hija del cacique o curaca; lo que importa no es eso sino el hecho de que haya dejado su testamento, dictado el 23 de septiembre del año 1600, al escribano Juan Nieto que, por ser mestizo, podía entender la lengua quechua hablada por María además de la propia. El quechua era la *lingua franca* del Tucumán así como el guaraní

lo era del Río de la Plata y la Iglesia fomentó su propagación entre los indígenas para facilitar la catequesis. La hablaban los mestizos y la chapurreaban sus padres españoles.

El testamento nos dice unas cuantas cosas sobre la relación que debió existir entre la indiecita y el andaluz. María lo recordaba como su "amo y señor" y mandaba decir diez misas en sufragio de su alma.

Los primeros años de convivencia en la aldea hispano-jurí que empezaba a nacer debieron ser difíciles pero de intensas alegrías. Los comienzos tienen siempre algo de sagrado y ellos debían intuir de alguna manera que, como los protagonistas bíblicos, eran una pareja fundacional. De sus cuerpos unidos por el amor iba a surgir una nueva raza con características muy definidas. También sus costumbres, bailes, música, comidas, poesía, se iban a mestizar. La religión cristiana dulcificaría el mundo de la indiecita con su prédica de amor, su Niño Jesús,⁸ la imagen de la Virgen María, feliz en el pesebre y dolorosa en el calvario, a quien los españoles honraban todos los sábados cantando en su alabanza las letanías.

Del mismo modo las cualidades de la raza americana influirían en el abierto espíritu del andaluz: serenidad, prudencia, amor a la naturaleza, intuición del ritmo de la tierra...

Mexía Miraval no era un capitán como cualquier otro. A su valor incuestionable se sumaban otras cualidades más difíciles de encontrar entre esos rudos y fanáticos conquistadores: era conciliador y ponía paz en las querellas internas que siempre abundaron entre los turbulentos españoles. Así ocurrió cuando convenció a los rebeldes cabildantes de Esteco para que aceptaran al Teniente de Gobernador impuesto por la autoridad, o cuando terció entre el orgullo de Abreu y el de Garay, evitando una de esas absurdas y sangrientas peleas entre compatriotas. Daba tanto valor al espíritu como para ir a buscar un sacerdote hasta La Serena, en Chile, cruzando la "cordillera nevada", como lla-

maban a los Andes, y tenía la sensatez de aprovechar ese viaje para traer desde allí al Tucumán las primeras semillas de trigo, de frutales de Castilla y de algodón, que sería con el tiempo una de las riquezas de la zona y "moneda de la tierra".⁹

Había participado en casi todas las fundaciones del Tucumán. "Iba siempre en los delanteros como buen soldado procurando aventajarse entre los demás", afirmaba un testigo de su Probanza de Méritos. Era uno de los principales representantes de esa nueva aristocracia americana en donde "valía más la sangre vertida que la heredada". Había formado parte también de excursiones "etnográficas" entre los comechingones y sanavirones de Córdoba, escribiendo una reseña de sus costumbres, vestidos y armas. Mientras tanto María cuidaría el fuego del hogar, alimentando y educando a su manera a los hijos que fueron llegando: Juan, Leonor, Ana y Juana Mexía. En las Probanzas de Méritos y Servicios los conquistadores contaban al rey las penurias que sufrieron en la fundación de Santiago del Estero, cuando no tenían ninguna comunicación con Perú y mucho menos con España. Algunos tuvieron que vestir con pieles pues sus ropas se habían convertido en andrajos y tuvieron que sacar hilo de una especie de cardos con que podían fabricarse groseras túnicas "a manera de cilicio" hasta que llegó y creció el algodón traído de Chile. Pero... ¿eran ellos quienes hilaban, tejían y cosían? De ninguna manera: allí estaban las indias solícitas como María haciendo todos esos trabajos mientras ellos recorrían la tierra y fundaban ciudades. Después de estos viajes y correrías volvería Hernán a su hogar santiagueño cansado y las más de las veces herido. Allí encontraría la olla humeante sobre el fuego de leña, los hijitos jugando en el patio de tierra y su mujer amamantando al menor. No eran pocas las tareas que debía realizar María en su sencilla casa de adobe: además de hilar y tejer en el rústico telar las ropas de todos, debía cuidar y regar el huerto donde crecían zapallos, papas y ajíes, juntar las vainas de algarrobo, entretener a los niños y aprender el

catecismo con el padre Cedrón. A veces sus parientes indios la proveían de pescado o alguna pieza de caza para enriquecer el menú.

Durante las largas ausencias del padre, los mesticitos iban creciendo y se iba plasmando en sus rasgos la nueva raza morena. Hernán encontraría en ellos rasgos de sus padres o abuelos mezclados a los de sus parientes juríes, y le sorprenderían algunas costumbres brotadas de distinta vertiente cultural. Trataba de hablarles siempre en español para que lo aprendieran bien y todos juntos asistían a la pequeña iglesia que se distinguía de los demás ranchitos por la espadaña donde colgaba la campana.

Con el tiempo la pequeña aldea fue creciendo y progresando gracias a los tejidos de algodón y al comercio con el Alto Perú. Las caravanas de mulas partían llevando varas de telas rústicas y volvían cargadas con toda clase de “mercerías de Castilla” que para llegar allí habían tenido que navegar por dos océanos, internarse en selvas y pantanos, cruzar punas, desiertos, montañas y valles.

Como sus compañeros, Hernán Mexía valoraba inmensamente todo lo que le recordaba a su patria: imágenes sagradas, guitarras y panderetas, telas suntuosas y encajes; vino y almendras, pasas y aceitunas, cuchillos toledanos y tijeras, libros de caballería, papel y tinta, romances y canciones... todo lo que representaba el bagaje cultural de España, primera potencia de su tiempo. María y los niños miraban fascinados los objetos que iban saliendo de las alforjas. Ellos traían el mensaje de un mundo remoto y maravilloso al que, de alguna manera, pertenecían.

Así fueron transcurriendo esos años heroicos y fundacionales del mestizaje inicial. Hubo varios momentos en que las rebeliones de juríes dieron mucho que hacer. Los años 1562 y 1563 fueron tiempos de intensas guerras y grandes necesidades. Una vez pasadas las penurias podrían los jóvenes disfrutar de sus afectos y de la pródiga naturaleza que multiplicaba sus sementeras¹⁰ y sus rebaños de ovejas. En abril de 1565 Francisco de Aguirre, nombrado nueva-

mente gobernador, encargó a Mexía Miraval y a su amigo Nicolás Carrizo, ambos capitanes, que “pacificaran” la región donde había sido fundada la primera ciudad del Barco y luego la de Cañete, para mandar luego a su sobrino, Diego de Villarroel, a fundar la ciudad de San Miguel de Tucumán. Ese mismo año la vida de la familia Mexía iba a sufrir un brusco cambio con la llegada a Santiago del capitán Gaspar de Medina trayendo unas nueve doncellas españolas y criollas, huérfanas de guerra,¹¹ con la intención de buscarles marido.

Mientras veía crecer a sus hijos, aumentaba en Mexía Miraval la preocupación por su futuro. Sus hijas, especialmente, necesitaban alguien que les transmitiera los modales propios de las jóvenes españolas, les enseñara a vestir las complicadas ropas del siglo XVI, a hacer una reverencia y hablar con la gentileza que correspondía a las futuras esposas de los hidalgos españoles. Las lindas mestizas adolescentes deberían aprender cómo comportarse en sociedad si querían casarse bien.

Entre las doncellas venidas de Chile hubo una que captó la atención del sevillano desde que la vio. Tendría unos catorce años, pero aparentaba más. Se llamaba Isabel de Salazar. Era hija de españoles muertos en La Serena, pero había pasado su infancia entre los araucanos. Podría comprender a las mestizas, casi de su misma edad, además de enseñarles lo que había aprendido en el próspero hogar chileno que, hasta entonces, la había cobijado.

Nada sabemos de las dudas, temores y remordimientos de Hernán Mexía ante la decisión que debía tomar. La única fuente donde la voz de María se insinúa es su testamento y allí no parece haber guardado rencor a quien llama “su amo”, aunque debe haber sufrido su alejamiento. Tampoco sabemos si habrá sido feliz en su posterior casamiento con el indio Andrés, de quien no tuvo hijos.

Como quien desea cortar un vínculo muy estrecho Hernán Mexía, que hasta entonces nunca se había alejado del Tucumán, emprendería en 1566 un viaje a Charcas en com-

pañía de sus dos hijas mayores y de su esposa criolla, Isabel de Salazar. Tres años después, en la pequeña ciudad de Loyola, en el norte de Perú (actual Ecuador) Leonor Mexía, de catorce años, se casaba con el capitán Tristán de Tejeda, joven español de veintiséis años, mezclado desde los catorce en los avatares de la conquista. Poco tiempo después lo haría Ana Mexía con Pedro de Deheza y después de enviudar de éste, con Alonso de la Cámara, que venía acompañando a Jerónimo Luis de Cabrera, el fundador de Córdoba. La pequeña Juana lo haría años más tarde, también con un hidalgo, como quería su padre. ¿Y María? Su testamento fue dictado en Córdoba, en casa de su yerno, Tristán de Tejeda, donde se mostraba rodeada del respeto y cariño de sus descendientes.

“La imaginamos en la casa lindera a la catedral que años después su nieto, Juan de Tejeda, convertirá en convento. Callada y discreta, meciendo a sus nietitos, recorriendo la huerta, dando una mano en la cocina o simplemente pensando, sentada a la usanza indígena, en los cambios que su vida había contemplado: la infancia en la aldea jurí, respetada como hija del cacique, temerosa de los feroces lules que se llevaban cautivas a las mujeres y a las niñas; la aparición de los españoles barbados sobre esos extraños animales; su primer encuentro con Hernán Mexía, tan distinto a los jóvenes de su tribu; sus extrañas ropas, su espada y su arcabuz; el terror que le dio el estruendo de la pólvora, la risa de él [...] la vida en común, los hijos [...] la llegada de más hombres a caballo: unos armados, otros que sacaban de sus alforjas maravillosos y extraños objetos traídos en reuas de mulas; las eternas discusiones, maldiciones y peleas, para ella inexplicables, entre distintos bandos de esos hombres armados; los primeros religiosos y sacerdotes: unos con ropas blancas y negras, otros de marrón, otros de negro [...] (pronto aprendería también ella a diferenciarlos y a venerar a sus patrones: Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio). Le atrajeron desde el primer momento las imágenes que ellos traían, los ornamentos y banderas de colores, la música que tocaban en las procesiones y en las